

Toda la Europa veía entonces sostenido el trono de Francia por uno de aquellos poderosos ingenios nacidos para dar leyes al Universo, qual era el del Cardenal de Richelieu: ingenio profundo, consumado en los mas refinados sistemas de la política, y en los misterios mas impenetrables del gobierno: ingenio muy á propósito tambien para gobernar el espíritu del monarca; encaminarle á cosas altas y grandes, y conducirle á la verdadera gloria: resuelto á mantener la autoridad real con indispensables exemplos de severidad; y de suma atencion para hacer contener dentro de los límites de la obediencia á los Grandes del reyno, que al parecer querian sacudir su yugo baxo el especioso pretexto de un supuesto descontentamiento: ingenio temible para los enemigos del estado, y mucho mas aun para los de la fé: ingenio vasto y dilatado por la grandeza de sus empresas: sólido por las medidas que tomaba para executarlas, penetrante para allanar y superar los obstáculos, firme é inalterable, y en fin, un hombre á quien nada era capaz de separarle del intento que habia formado. La humillacion de los enemigos poderosos y ribales, la destruccion de la heregia, el restablecimiento del comercio, de la navegacion, de las artes y de las ciencias, son de ello unas pruebas gloriosas, eternas é incontrastables.

A *Vicente de Paulo* le habia servido su santidad de un poderoso motivo para que formase de él aquel ministro el mas alto y favorable concepto. Todo hombre grande venera en la

la santidad alguna cosa mayor que las que hay en él. Por lo mismo no nos deberémos admirar si Richelieu confia al esclarecido zelo de nuestro Santo los mas delicados é importantes asuntos de la Iglesia, y se vale de sus luces sin dexar tampoco de aprovecharse de sus consejos. Aquel ministro, depositario de la autoridad soberana, habia formado la segura y meritoria intencion de repartir su crédito y su gloria con un Santo. ¡Quanto imperio tiene la santidad sobre el espíritu y el corazon de los hombres! A los unos les enseña el modo con que han de vivir, y á los otros el de morir bien.

La idea de la muerte, señores, recuerda la que sufrieron vuestros causantes quando se experimentaron aquellos funestos acontecimientos en los que llegó á ser la corte la lúgubre imágen de una triste soledad, en donde los placeres se convertian en tristeza, el silencio sucedia al tumulto, y el sentimiento que se llevaba dentro del corazon se manifestaba en los tristes y llorosos ojos. La muerte de un rey siempre es una verdadera desgracia para el reyno. Resentida y atemorizada entonces la política se entrega á los mas justos temores y sobresaltos: los sentimientos mas tristes se apoderan del trono: la corona está como titubeando sobre la cabeza del monarca; y parece que á cada uno le va á anunciar la destruccion de su fortuna. La Francia es inegable que debia á Luis XIII. los mas vivos sentimientos de ternura, respeto y reconocimiento: aquel monarca era amado y merecia serlo: sus enemigos

migos habían temido su valor y experimentado su poder; siempre fiel la victoria para seguirle, había hecho que se le colocase entre el número de los héroes: sus vasallos habían encontrado en él un padre: formaba sus designios la justicia, les dirigia la prudencia y les coronaba el suceso. Monarca grande sin disputa, que aun lo sería mucho mas en la historia sino hubiera tenido á Henrique IV. por padre, y á Luis XIV. por hijo y sucesor suyo.

¿Qué razon hay para que los príncipes que forman las delicias del mundo no sean inmortales? Ah! La sentencia está ya pronunciada. Es verdad que ha reynado Luis; pero él va á morir sin remedio. Los dias de Ezechias están contados. ¿Quién será el que tenga la fortuna de ser el confidente de sus últimos sentimientos? ¿Tendrá uno acaso que ir, como en otro tiempo, hasta las montañas de la Calabria para buscar al hombre de Dios (1)? No por cierto: el Profeta está en la corte. *Profeta magnus surrexit in nobis* (2).

Este es *Vicente de Paulo*. ¡Quan digno es su zelo de aquellos respetables hombres, cuyo delicado ministerio desempeña! El supo atraerse la confianza del príncipe sin adularle, instruirle sin fastidiarle. Representaba á Luis la terrible pintura de la muerte y de la eternidad; pero esta era poco temible á aquel monar-

(1) San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, quien fue llamado a la corte de Luis XI.

(2) Luc. 7. v. 16.

arca. Un rey que hizo reynar á Dios sobre la tierra, debia reynar con él en el cielo. Es verdad que espiró Luis; pero tambien murió entre los brazos de nuestro Santo, lleno de respeto y penetrado de reconocimiento por su zelo, heredero de un apostólico espíritu. Los reyes virtuosos siempre honran á los Santos.

Al llegar aquí se presentan á mi consideracion otros nuevos acontecimientos. Todos se interesan en la gloria de nuestro Santo. Todos concurren al triunfo de su zelo. Pasó Luis el Grande desde la cuna al trono; y la regencia de una reyna sabia y magnífica, vaticinaba á la Francia uno de sus mas grandes reyes. Regencia célebre, por cierto, á causa del discernimiento con que supo Ana de Austria escoger ministros dignos del estado y de sí misma.

Vicente de Paulo, pues, ocupaba un lugar distinguido entre aquellos poderosos y acreditados hombres. La esclarecida política supo imperar sobre la elevacion de los demas; y la virtud sola preparó y cimentó la elevacion de nuestro Héroe. Tambien supo conocer y colocar en el ministerio á dos hombres capaces de sostener una regencia y un gobierno difícil. El uno era Mazarino, espíritu diestro, insinuativo, de gran persuasion, político sutil y habil para ceder mas fino en las negociaciones, del modo mas fino, todo aquello que no podia conseguir por medio de la fuerza. El otro era Seguier: de una instruccion consumada en el conocimiento de las leyes, orador eloquente, juez íntegro, ciudadano virtuoso y protector de los sabios. Pero estos hombres tan

— Tom. III. L in-



inteligentes, no eran mas que, propiamente hablando, unos hombres de estado: aquel á quien la reyna colocó en el consejo para que fuese el hombre de la Iglesia y de la Religión, era nuestro *Vicente de Paulo*. ¡Ah! ¡Quien correspondió mas bien que él á esta gloriosa eleccion por su piedad, su zelo, su prudencia, su caridad y su desinterés! El era el conducto por donde se derramaban todas las gracias, y no solo las dispensaba como Apóstol, sino como Santo.

Venid, venid aquí hombres ambiciosos, sostenidos por el crédito y el favor, venid aquí á exponerle vuestros fingidos derechos á los honores de la Iglesia. El os dirá como en la dispensacion de los bienes del santuario, no se debe conceder nada á la hipocresía, poco al favor, alguna cosa al nacimiento, mucho al mérito, y todo á la virtud reunida con los talentos. En efecto, él sabia descubrir la virtud modesta, y dar á conocer el mérito ignorado. A quien únicamente consulta como juez es á la conciencia. Si premia á los talentos, es á aquellos que están consagrados á la Religión.

No era posible que una conducta tan christiana como esta dexase de adquirirse enemigos. ¿Que es lo que venian á condenar en él aquellos que, al paso que tenían menos poder, eran los mas injustos? ¿Dirán acaso que abusaba de la justa confianza que merecia á la reyna? ¿Por ventura no estuvo siempre á cargo de su humildad? ¿Quantas veces se negó á los honores que con importunidad se le

ofrecían? Huía de ellos aunque iban á buscarle. ¿Se encontrará alguno que diga que por haberse valido de unos recursos secretos, y de unas ilícitas negociaciones, logró algun destino en la Iglesia que excediese á los que le correspondian por su nacimiento? ¿No se podrán oponer siempre á esto las constantes liberalidades de los grandes en su favor? ¿No desechó siempre con la mayor modestia todas aquellas gracias con que se le queria enriquecer? No porque jamas quisiese pedir nada hubiera dexado de conseguirlo todo. Lo que únicamente deseaba conservar era la virtud, que es la riqueza de los Santos.

Pero ya, señores, me excedo demasiado en el hablar, porque *Vicente de Paulo* deseaba riquezas, las pidió y las obtuvo. Pero ¿eran para él mismo? Nada menos que eso. Todo quanto pedia era en favor de los pobres y de los desgraciados: para ellos reclamaba la proteccion del trono, el crédito de los grandes y la liberalidad de los ricos. El testimonio de estos mismos grandes, de quienes era el consejo y el oráculo, establece la pureza de su zelo: el testimonio de los pobres, de quienes era el padre y el protector, anuncia el desinterés de su caridad. *Inimicos ejus induam confusione.*

Hay hombres á quienes presenta el cielo para ser á la vista del mundo sorprehendido las vivas imágenes de su misericordia. La humanidad les hace sensibles, la fé generosos, y la providencia inagotables. Su universal caridad, se atrae todas las atenciones, haciéndose tambien acreedora de mil prodigios y mi-

lagros. Muchas veces, aunque por sí mismos sean pobres, iguala y aun excede su poder al de los mayores monarcas. Son para la indigencia lo mismo que el sol para el mundo.

Aun quando yo no nombrase á nuestro Santo, ¿se podria desconocer su imágen á vista de este verdadero retrato de su corazon? No tengo embarazo en exponerle á las venenosas asechanzas de la envidia, de la crítica y de la calumnia. Todos estos enemigos sirven de muy poco contra él. No haya miedo que la interesada malignidad pueda realizar jamas las sombras con que procura obscurecer el mérito de un Santo, de un apóstol y de un héroe de la caridad. Hasta en los parages mas distantes de la tierra, se publica, una y mil veces, la gloria de *Vicente de Paulo*. Todos los desgraciados le dan en este dia, por medio de mi lengua, las legítimas alabanzas que se deben á la tierna memoria que conservan por sus beneficios, y defienden con el mayor primor su reputacion. *Elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum* (1).

Salid, salid vosotras, familias miserables, á vista de este generoso Tobias que os ha librado de la ruina: brillad vosotras, casas ilustres, pero empeñadas, brillad ya que por medio de una opulencia aparente supísteis privar á los ojos del mundo de la compasiva escena de vuestra miseria. Sostenidas por las liberalidades de nuestro Santo, no solo subsistísteis, sino que os volvísteis á levantar y engran-

(1) Eccli. 31. v. II.

grandecer, no temiendo ya desde entónces ningun reves ni contratiempo. Su caridad ha salido por vuestro garante. Ella es quien por vosotros, por vuestra seguridad y por la de todos los infelices, supo eternizarse con aquella sabia institucion (1), cuya idea solo habia encontrado dentro de su corazon mismo. Ella se perpetuó tambien en aquellas asambleas desconocidas hasta él, donde se podia apreciar el mérito por la utilidad, y en donde la caridad era su único objeto y motivo. En ellas se vió á un nuevo Paulo (2) que, baxo los auspicios de un nuevo Gerónimo, se habia hecho su modelo. Este es el que aun sirve tanto en el dia, y dirige por su espíritu en sus piadosas asociaciones á todas aquellas personas del bello sexò que, respetables por su cuna y sus riquezas, lo son todavía mucho mas por el christiano uso que hacen, tanto de sus bienes como de su nacimiento. De este modo consiguió la caridad de *Vicente de Paulo* proporcionar recursos en todos tiempos.

En aquellos, que fueron testigos de su tierna solicitud para con los pobres, habia muchos infelices que merecian sus atenciones, cuidados y socorros mucho mas que los otros. El funesto desórden que deshonoraba entonces á la humanidad, excitaba las lágrimas de la Religion. Quando vivia nuestro Santo, no se favorecia al libertinagè, sino que antes bien se sabian notar sus perjudiciales efectos. An-

L 3

tes

(1) Juntas de las Señoras de la Caridad.

(2) Madama le Gras.

tes de él se condenaba ya el vicio, y se sentaban sus víctimas. Sin embargo permanecía aquel, perecian estas, y ociosa la caridad, se veia precisada á gemir á vista del mismo mar, sin determinarse á tomar oportunas medidas para agotar su origen. Pero, ¿como se habia de consumir? ¿como asegurar una suerte fija y permanente á aquellas tristes criaturas, cuyo primer día de claridad era muchas veces el de su nacimiento y muerte al mismo tiempo? Como precisos frutos del crimen y de la indignidad, se miraban con deshonra, y se sacrificaban por la crueldad. ¡Que desgracia! En los delinquentes autores de su vida, encontraban muchas veces los autores todavía mas culpables de su muerte. Como unas desgraciadas criaturas, sin apoyo y sin recurso alguno, no encontraban mas consuelo para sí que el de sus lágrimas: ¡Y quantas veces se siguieron á sus primeras lágrimas sus últimos suspiros! Vosotros lo sabeis, ministros del Dios omnipotente: vuestro estado os hace todos los dias confidentes de este páfido secreto: á vista de él gemis llenos de sentimiento: reclamais los derechos de la naturaleza y de la caridad, y el mundo se mantiene insensible.

¿El mundo ha llegado á ser tan bárbaro? ¿Pues que? ¿No es susceptible de sentimiento la humanidad? ¿Es posible que no se han de renovar ya los tiempos de Ambrosio y de Borromeo? Si, aun se renuevan todavía en Francia aquellos dichosos dias. Un hombre en el que parece que reviven los Ambrsios y los Borromeos, va á hacer ver á este edificado rey-

reyno, que siempre tiene sus héroes la caridad. No tardará en abrirse por su santa é ingeniosa industria un camino favorable para tantas inocentes víctimas de la iniquidad. Si christianos, *Vicente de Paulo* ha reflexionado sobre este asunto, y su caridad todo lo halla fácil. En efecto, poseido de estos sentimientos proporcionó á aquellas abandonadas criaturas los socorros, alimentos y vida que intentaba quitarles inhumanamente la naturaleza, como si fuera una mala madrastra.

Pero ¡quantos obstáculos se oponian, y de quantos medios habia que valerse para la execucion de un establecimiento á quien al parecer debia todo favorecerle! La piedad se quejaba, murmuraba el zelo, se apagaba la caridad y los poderosos se resistian. Hasta la misma Religion parecia que se oponia á los proyectos que meditaba la caridad. Apenas se habia empezado la obra quando hubo que abandonarla. Lo mismo fué volver á emprenderla que se levantaron contra ella nuevos clamores. ¡O generosa fé! ¡O tierna caridad! Ayudad á *Vicente de Paulo* con aquellas expresiones patéticas y victoriosas, que chocan, persuaden y mueven á todo el mundo. A vosotras es, almas sensibles y piadosas, á vosotras es á quienes se dirige: á vuestros corazones es á quienes se manifiesta. En efecto, hermanos míos, nuestro Santo triunfó de todos los inconvenientes, cesaron los obstáculos, encendióse la caridad, renació la emulacion, repartiéronse las riquezas, y en fin, se perfeccionó la obra. Levantóse aquel nuevo templo

de la misericordia, se concluyó del todo, y hasta el dia de hoy, subsiste y se mantiene. *Vicente de Paulo* fué su fundador, la Providencia es su apoyo, nuestros monarcas serán sus protectores. La empresa mas útil de todas no se debe jamás arruinar.

La que puso sobre nuestro Santo todas las atenciones del Universo, parecia que le debia detener, porque no podria bastar para ella. Esta fué la de haber recogido, alimentado y sostenido las desgracias, no solo de un pueblo entero, sino de toda la Lorena.

Acababa *Cárlos III.* Duque de este título, de experimentar lo fatal que era el tener á los Franceses por enemigos. Habian sido forzadas sus trincheras, tomadas sus ciudades, saqueados sus estados; y á los desastres que produce una guerra fatal y desgraciada, se siguieron los horrores de una hambre general. Agobiados sus vasallos, buscaban su salvacion en la huída. Pero ¿donde encontrarán algun refugio en esta ocasion tan crítica? En Francia. Mas ¿que pueden esperar unos enemigos de los que lo son suyos? Milagros de caridad. Esta percibia en aquellos fugitivos, míseros y debilitados hombres unos objetos dignos de su conmiseracion. Acude pueblo fiel, acude á tu príncipe: la Francia no te juzgará delinquente por esta fidelidad: en París está otro *Joseph* que te llama y te espera: fiate en sus cuidados: acude, corre, que la caridad de *Vicente de Paulo* se extiende á todas las naciones, y alcanza á todos los miserables. Tus desgracias son el único título que debes presentarle.

Asom-

Asombran á la prudencia humana unos beneficios tan generalmente repartidos. Pero el modo de proceder de nuestro Santo se tenia por indiscreto: admiraba, y se le censuraba. La reflexion y la experiencia concilió en su favor todos los ánimos, y le proporcionaron mas socorros de los que él se podia prometer: todo aplaudia su caridad. Se hacia mas aun: se la imitaba. ¿Quien no ha de creer á vista de esto, que un continuado milagro multiplicaba las limosnas entre las manos de este hombre depositario de la confianza pública? Bien se puede asegurar, que los mas poderosos monarcas no se atreverian á emprender lo que él executó. Por sus vigilantes cuidados no carecia de nada un pueblo entero, á quien le faltaba todo, como no fuesen las debidas expresiones para corresponder á tantos beneficios. Semejante á aquellas benignas nubes que fertilizan á todas las partes del mundo con sus útiles y saludables aguas, repartia desde París, en donde le habian fixado sus ocupaciones, y en donde solo una de sus fundaciones se veia ser un general recurso para todos los desgraciados (1), los tesoros de la caridad en Francia, Lorena, Flandes y todo el Mundo.

No tardarán en asaltar hasta estas nuevas centellas del precioso fuego que le abrasaba. Baxo el estandarte de la caridad acababa de juntar un gran número de Vírgenes fervorosas, que se consagraron á los mas humildes ejercicios y á los sentimientos mas sublimes. Sal,

(1) El Hospital general.

sal tú congregacion útil y necesaria, sal en medio de los aplausos de la Iglesia para ser el modelo de la piedad, el ornamento de la fé y el honor de la humanidad. Y vosotras dichosas ciudades, reynos y provincias, acudid, acudid á recoger el espíritu de nuestro Santo en el tierno zelo de esas heroínas christianas, destinadas á servir al mundo en un nuevo género de apostolado. ¡Que humildad! ¡Que ardor! ¡Que constancia! A mí me parece que estoy viendo en ellas la caridad dulce, oficiosa, paciente, activa, é invencible con todos aquellos caractéres propios de esta singular virtud. Sí, en los tristes parages en donde yacen todo género de miserias, es donde se fixan y concentran esos generosos y desinteresados corazones. El sexò olvida su delicadeza con el fin de sobrepujar á la naturaleza, y no escuchar mas que á la Religion. Pero, ¿acaso debe admirar su heroismo? No por cierto: los corazones formados á imitacion del de nuestro Santo, solo deben producir milagros. ¿Y que milagros de caridad no multiplican á nuestra vista esas generosas Martas? Sin embargo, no penseis que la extension de su ministerio iguala á la de su fervor, siempre uno mismo. En efecto, donde ellas no participen, ó no quieran participar de las desgracias, es evidente señal que no hay infelices. Ah! Publique en horabuena un solo pueblo los beneficios de las Isabeles y de los Tomases de Villanueva: la Iglesia toda, el universo y todos los siglos se interesarán, como en efecto lo hacen, para publicar los beneficios de *Vicente de Paulo*. Habien-

biendo formado muchas almas á su imitacion, se adquirió justamente la admiracion y el reconocimiento de todos los hombres. *Elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.*

¿Se atreverá el odio y la venganza á levantar el grito contra esta voz general? En vano lo intentará: una caridad desinteresada y activa, útil siempre é inagotable, debe ser otro tanto mas superior á la censura quanto lo es á los elogios mismos. Los que correspondian justamente al heroísmo de su caridad, se debian tambien á la integridad de su fé. Que se presenten, pues, que se presenten esos injustos enemigos de nuestro Santo, y serán todavia humillados, aterrados y confundidos. *Inimicos ejus induam confusione.*

La fé es el primer carácter de un christiano, y debe ser la primera virtud de un Santo. En todos tiempos formó esta virtud solitarios, apóstoles, mártires y doctores. Aquellos en los quales son sus enemigos mas poderosos, se debe mostrar mas viva, animada y firme en sus discípulos.

Como sumamente fiel á esta fé, que es la que heredó de sus padres, hizo resplandecer nuestro Héroe sus sentimientos en todas las ocasiones de su vida. *In fide sua probatus est propheta* (1). En Aquitania fué el discípulo de esta virtud; en Africa el panegirista; en París el defensor, y el modelo en toda su conducta. Su singular zelo por los intereses de la fé, le unió santamente á los trabajos de todos aque-

(1) Eccli. 46. 17.

llos que peleaban por defenderla: esto es, á los trabajos de Berula, Olier, Bourdoise, Vachet, Lumague y Miramion. El la consiguió apóstoles hasta en el nuevo mundo. Su fé era igual á la de un Noé, un Abraham, un Jacob y un Eleazar *In fide sua probatus est propheta.*

Su fé era siempre humilde como que nunca se confiaba de sí misma. Yo soy el último de los hombres, decia á sus discípulos, y me llamais vuestro fundador y padre. ¡Ah! No me deis ese nombre tan honorífico y vanidoso. Sacerdote de Jesu-Christo es mi único título. Hombre y pecador son las qualidades que me asisten. El lugar que me corresponde ocupar, es el último de nuestra congregacion.

Vosotros, quien quiera que seais los que la componeis, y que conoceis muy bien sus virtudes como que las imitais mejor que yo, podreis decir qual era la humildad de su fé. Los honores de la Iglesia, que reusaba, la obscuridad de su origen, cuya memoria no solo deseaba tener presente, sino que le parecia tener en ella su mayor gloria, aquella evangélica simplicidad, que invariablemente conservó en el mundo y en la corte, y otras muchas circunstancias que concurren en él, son muy á propósito para probar, que una fé siempre humilde fué la causa, no solo de su mérito sino de su perpetua y activa caridad.

La fé de este gran Santo, pues, siempre era pura. Ninguna obscuridad pudo eclipsar á este luminoso astro en su peligrosa carrera. Es tal la pureza de su fé, que el testimonio de *San Vicente de Paulo* es en nuestro siglo el orá-
cu-

culo sobre quien está apoyada la Iglesia para defender la fé de la bienaventurada Chantal, y proponerla para nuestra imitacion.

Ademas de esto, es innegable, de que su fé resplandecia siempre por todas partes. Las cátedras teológicas resonaron con sus expresiones: los reyes y la clerecía de Francia se aprovecharon de sus talentos, y toda la Iglesia creyó que debia aplaudir su erudicion. Erudicion á la verdad respetable, como lo demostró el príncipe de Condé; pero no aquel cuyo nombre bastaba para inspirar terror á los enemigos y á quien se le puede dar el título de héroe y Alexandro de la Francia, sino al digno padre de tan glorioso hijo. A aquel fué á quien dió nuestro Santo las mas decisivas pruebas de una sabiduría universal. De modo, que siendo el príncipe de Condé el apoyo de la regencia por su zelo, prudencia y autoridad, tenia especial gusto en empeñarse con nuestro Héroe en las mas acaloradas y abstractas disputas. Los asuntos mas intrincados de la Religion eran el motivo de ellas. Le preguntaba al Santo con malicia, se le examinaban con severidad sus respuestas, se le estrechaba vivamente, y se le contradecía con sutileza. Seguro de sus principios, sólido en sus pruebas, esclarecido en sus razonamientos y justo en sus conseqüencias, respondia sabiamente, se explicaba con precision, refutaba con fuerza, triunfaba con modestia, y vencedor admirado por un príncipe, que era él mismo la admiracion de los sábios, logró oír de su boca lo mucho que se complacia en haber hallado

do un Santo que no se desdeñaba de instruirle.

Yo, señores, citaría con gusto una infinidad de testimonios si me fueran precisos para apoyar tan magnífica y constante idea. Sin embargo, nombraré solamente al Ambrosio y al Agustín de la Francia. Con el primer nombre se reconocía á Francisco de Sales, cuya santidad igualaba en aquel pontífice á la ciencia, habiendo vencido á la heregía por la unción de su dulzura, y sido el oráculo de la corte, el apóstol de Saboya y el defensor de la Iglesia: este nuevo Elías buscaba otro Eliseo que pudiese transmitir su espíritu al pueblo santo que acababa de formar. ¿Sobre quien recaerá su elección? Ah! No conocía, como él mismo dixo, sino á *Vicente de Paulo*, que fuese á propósito para sostener en la Visitación su primitivo fervor: á lo que Francisco de Sales entendía, era nuestro Santo un vivo exemplo de todas las virtudes. Pero ¿acaso había confiado el obispo de Génova el gobierno de su nueva orden al zelo de un hombre, cuya fé no hubiese sido igualmente segura y luminosa que la suya? No podía un Santo escoger sino á otro Santo para perpetuar mas allá de sí mismo tanto su zelo como sus sucesos. Francisco de Sales veía revivir en nuestro Héroe las virtudes de medio siglo: y si el orden de la Visitación reverencia con justa causa al primero como su fundador, también debe venerar al segundo como propagador suyo.

Permítaseme añadir al testimonio de este nuevo Ambrosio, San Francisco de Sales, el

de

de Bossuet, que es en este caso como el de otro Agustín. Si, el de aquel hombre digo, cuyo sublime y magestuoso ingenio, y cuya superior y patética eloquencia eleva, transporta y arrebatada. Historiador conciso, teólogo profundo é invencible controversista, respetaba en nuestro Santo, como él decia, una *guía y un maestro*. Es de maravillar, que se confundiera aquí el elogio del maestro con el del discípulo. El haber tenido á Bossuet por admirador y por discípulo, es para *Vicente de Paulo* una gloria tan singular, como fué la que logró San Basilio el Magno por haber tenido por panegirista á San Gregorio Nacianceno.

En fin, estos honoríficos testimonios debían de ratificarse por el de la Iglesia, que es aun mucho decisivo. Agobiado nuestro Santo con el peso de su edad, terminó su penosa, larga y brillante carrera, llegando casi á ser el tiempo de su muerte el mismo de su culto: el templo depositario de su precioso cuerpo, vé salir de sus sagradas cenizas una poderosa virtud con la que llena de confianza á los corazones de los fieles hace desesperar á la heregía, y que sea eterno su nombre y su gloria en los fastos de la Iglesia. En vano intentará la calumnia oscurecerle su reputación, con las expresiones mas bajas y denigrativas. Lo que únicamente consigue con esto es añadirle nuevos triunfos. Si encuentra *Vicente de Paulo* ingratos en un reyno y en una ciudad, que aun en el día se aprovechan de sus beneficios, y les desconocen; para eso castiga la Religión á la ingratitud por el culto que consagra y

de los

los altares que erige al Héroe de la fé, al apóstol de la humanidad, y al bienhechor de París y de toda la Francia. El nombre de nuestro Santo será siempre estimado de los espiritus despreocupados y de los corazones reconocidos.

El destierro de la ignorancia, la proscripción del vicio y la confusion del error, anuncian y manifiestan desde luego su poder sobre los enemigos de Dios. Su zelo, su caridad y su fé se hallan justificadas por el testimonio de los grandes, de los pobres y de la Iglesia. Estas son, christianos oyentes míos, las victoriosas pruebas que sin oposicion manifiestan el ningun poder de los enemigos de Dios contra nuestro Santo. *Inimicos ejus induam confusione.*

Aprended vosotros, ministros del Señor, aprended de *Vicente de Paulo* el dificultoso arte de instruir á la ignorancia, combatir el vicio y confundir el error. Instruir á la ignorancia con nuestros talentos, combatir al vicio con nuestras virtudes y confundir al error con nuestra sumision, es nuestra obligacion principal. *Vicente de Paulo* es nuestro modelo y el de todos los christianos por su zelo, su caridad y su fé. Su zelo puede tener imitadores en todos los estados: para todos es un verdadero apostolado. Su caridad debe servir de regla á los grandes y á los ricos: por ellos es por quien con especialidad está establecido el precepto de la limosna. Su fé debe ser la de todos los christianos: los discípulos de una misma Religion deben tener los propios sentimientos.

No

No le separéis, hermanos míos, de vuestra memoria: os lo repito encarecidamente una y mil veces. *Vicente de Paulo* es un Santo que casi toca á nuestros dias; y nos condena por ser tan cercano con mucha mas razon que los otros, sino lo somos nosotros mismos. Aprendamos nuestras obligaciones en sus virtudes; pues el llenarlas como nos corresponde, es hacernos acreedores de la recompensa de que él está gozando por una eternidad.

En la Iglesia Parroquial de su mismo nombre.



No siempre lleva los caminos de la virtud á sus elegidos. La solidad no es la herencia de todos los Santos. Aunque todos los Santos de la Iglesia resplandecen con el nombre de los Padres Christianos que se santificaron en el silencio de los desiertos, también es cierto, que con un ministerio respetablemente, y el sombrero del trono y de los honores, entre los grandes de la tierra, vemos otros muchos, que no dexan de ser grandes ellos mismos, se santificaron en el silencio del mundo.

Tom. III.

M

PA-